

Marcel Proust

En busca del tiempo perdido

7. El tiempo recobrado

Traducción de Consuelo Berges



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *À la recherche du temps perdu, 7. Le Temps retrouvé*

Primera edición: 1969
Tercera edición: 2011
Sexta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: *Edge of the Sea* by Jefferson Hayman
© Jefferson Hayman/CORBIS/Cordon Press
Selección de imagen: Alicia Fuentes

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Fundación Consuelo Berges
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1969, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-0000-0 (O. C.)
ISBN: 978-84-206-5364-8
Depósito legal: B. 8.968-2011
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Por otra parte, no tendría por qué extenderme sobre aquella estancia mía cerca de Combray, y que quizá fue el momento de mi vida en que menos pensé en Combray, a no ser porque, precisamente por esto, encontré allí una comprobación, siquiera provisional, de ciertas ideas que antes tuve sobre Guermantes, y también de otras ideas que tuve sobre Méséglise. Todas las noches reanudaba, en otro sentido, nuestros antiguos paseos a Combray, cuando íbamos todas las tardes por el camino de Méséglise. Ahora comíamos en Tansonville a una hora en que antes, en Combray, llevábamos ya mucho tiempo durmiendo. Y como era la estación estival y, además, porque, después del almuerzo, Gilberta se ponía a pintar en la capilla del castillo, no salíamos de paseo hasta unas dos horas antes de la comida. El deleite de antaño, ver, al regreso, cómo el cielo de púrpura encuadraba el Calvario o se bañaba en el Vivonne, lo sustituía ahora el de salir de noche, cuando ya no encontrábamos en el pueblo más que el triángulo azulado, irregular y movedizo

de las ovejas que volvían. En una mitad de los campos se ponía el sol; en la otra alumbraba ya la luna, que no tardaba en bañarlos por entero. Ocurría que Gilberta me dejaba caminar sin ella, y yo me adelantaba, dejando atrás mi sombra, como un barco que sigue navegando a través de las superficies encantadas; generalmente me acompañaba. Estos paseos solían ser mis paseos de niño: ¿cómo no iba a sentir más vivamente aún que antaño camino de Guermantes el sentimiento que nunca sabría escribir, al que se sumaba otro, el de que mi imaginación y mi sensibilidad se habían debilitado, cuando vi la poca curiosidad que me inspiraba Combray? ¡Qué pena comprobar lo poco que revivía mis años de otro tiempo! ¡Qué estrecho y qué feo me parecía el Vivonne junto al camino de sirga! No es que yo notase grandes diferencias materiales en lo que recordaba. Mas, separado de los lugares que atravesaba por toda una vida diferente, no había entre ellos y yo ninguna contigüidad en la que nace, incluso antes de darnos cuenta, la inmediata, deliciosa y total deflagración del recuerdo. Seguramente, sin comprender bien cuál era su naturaleza, me entristecía pensar que mi facultad de sentir y de imaginar debía de haber disminuido, puesto que aquellos paseos ya no me deleitaban. La misma Gilberta, que me comprendía menos aún de lo que me comprendía yo mismo, aumentaba mi tristeza al compartir mi asombro. «Pero ¿no le hace sentir nada –me decía– tomar ese repecho que subía en otro tiempo?» Y ella misma había cambiado tanto que ya no me parecía bella, que no lo era ya en absoluto. Mientras caminábamos, veía cambiar el paisaje, había que subir cuestas, bajar otras. Gilberta y yo hablábamos, muy agradablemente para mí. Pero no sin dificultad. Hay en tantos seres varias capas diferentes: el carácter del padre, el carácter de la madre; atravesaba-

mos una, luego la otra. Pero al día siguiente ha cambiado el orden de superposición. Y al final no se sabe quién distribuirá las partes, de quién podemos fiarnos para la sentencia. Gilberta era como esos países con los que otros países no se atreven a aliarse porque cambian demasiado a menudo de gobierno. Pero en el fondo es un error. La memoria del ser más sucesivo establece en él una especie de identidad y le hace no querer faltar a unas promesas que recuerda, aun en el caso de no haberlas firmado. En cuanto a la inteligencia, la de Gilberta, con algunos absurdos de su madre, era muy viva. Pero, y esto no afecta a su valor propio, recuerdo que, en aquellas conversaciones que teníamos en el paseo, varias veces me causó gran extrañeza. Una de ellas, la primera, diciéndome: «Si no tuviera usted mucha hambre y si no fuera tan tarde, tomando ese camino de la izquierda y girando luego a la derecha, en menos de un cuarto de hora estaríamos en Guermentes». Es como si me hubiera dicho: «Tome a la izquierda, después a la derecha, y tocará lo intangible, llegará a las inaccesibles lejanías de las que, en la tierra, no se conoce nunca más que la dirección, que el “hacia”» –lo que yo creí antaño que podría conocer solamente de Guermentes, y quizá, en cierto sentido, no me engañaba—. Otra de mis sorpresas fue ver las «fuentes del Vivonne», que yo me figuraba como algo tan extraterrestre como la Entrada a los Infiernos, y que no era más que una especie de lavadero cuadrado del que salían burbujas. Y la tercera fue cuando Gilberta me dijo: «Si quiere, podremos de todos modos salir un día después de almorzar y podemos ir a Guermentes, yendo por Méséglise, que es el camino más bonito», frase que, trastrocando todas las ideas de mi infancia, me enseñó que uno y otro camino no eran tan inconciliables como yo creía. Pero lo que más me chocó fue lo poco que, en aquella

temporada, reviví mis años de otro tiempo, lo poco que deseaba volver a ver Combray, lo estrecho y feo que me pareció el Vivonne. Mas cuando Gilberta comprobó para mí algunas figuraciones mías del camino de Méséglise, fue en uno de aquellos paseos, nocturnos al fin aunque fuesen antes de la comida –¡pero ella comía tan tarde!–. Al bajar al misterio de un valle perfecto y profundo tapizado por la luz de la luna, nos detuvimos un instante, como dos insectos que van a clavarse en el corazón de un cáliz azulado. Gilberta, quizá simplemente por una fina atención de ama de casa que lamenta nuestra próxima partida y que hubiera querido hacernos mejor los honores de esa región que parecemos apreciar, tuvo entonces una de esas palabras con las que su habilidad de mujer de mundo sabe sacar partido del silencio, de la sencillez, de la sobriedad en la expresión del sentimiento, haciéndonos creer que ocupamos en su vida un lugar que ninguna otra persona podría ocupar. Derramando bruscamente hacia ella la ternura que me embargaba por el aire delicioso, por la brisa que se respiraba, le dije:

–El otro día hablaba usted del repecho. ¡Cómo la amaba entonces!

Me contestó:

–¿Por qué no me lo decía? Yo no me lo figuraba. Yo le amaba. Y hasta por dos veces me insinué a usted.

–¿Cuándo?

–La primera vez en Tansonville. Iba usted de paseo con su familia, yo volvía; nunca había visto un mocito tan guapo. Tenía la costumbre –añadió en un tono vago y púdico– de ir a jugar con unos amiguitos en las ruinas de la torre de Roussainville. Y dirá usted que yo estaba muy mal educada, pues había allí chicas y chicos de todo género

que se aprovechaban de la oscuridad. El monaguillo de la iglesia de Combray, Teodoro, que hay que reconocer que era muy simpático (¡qué bien estaba!) y que se ha vuelto muy feo (ahora está de farmacéutico en Méséglise), se divertía con todas las aldeanitas de las cercanías. Como me dejaban salir sola, en cuanto podía me escapaba corriendo. Cuánto me hubiera gustado verle llegar a usted; recuerdo muy bien que, como no disponía más que de un minuto para hacerle comprender lo que deseaba, exponiéndome a que me vieran sus padres y los míos, se lo indiqué de una manera tan cruda que ahora me da vergüenza. Pero usted me miró de tan mala manera que comprendí que no quería.

De pronto pensé que la verdadera Gilberta, la verdadera Albertina, eran quizá las que se entregaron en el primer momento en su mirada, una delante del seto de espinos rosa, la otra en la playa. Y fui yo el que, sin comprenderlo, sin haberlo revivido hasta más tarde en mi memoria, después de un intervalo en el que, por mis conversaciones, toda una distanciaci3n de sentimiento les hizo temer ser tan francas como en el primer momento, lo estropeé todo con mi torpeza. Las «fallé» más completamente –aunque, en realidad, el relativo fracaso con ellas fuera menos absurdo– por las mismas razones que Saint-Loup a Raquel.

–Y la segunda vez –prosiguió Gilberta– fue, muchos años después, cuando le encontré en su puerta, el día que le volví a ver en casa de mi tía Oriana; no le reconocí en el primer momento, o más bien le reconocía sin saberlo, porque tenía la misma gana que en Tansonville.

–Pero en el intervalo hubo los Champs-Élysées.

–Sí, pero entonces me quería usted demasiado, yo sentía una inquisici3n en todo lo que hacía.

No pensé en preguntarle quién era aquel muchacho con el que bajaba por la avenida de los Champs-Élysées el día en que fui por volverla a ver, el día en que me habría reconciliado con ella cuando todavía era tiempo, aquel día que habría podido cambiar toda mi vida si no me hubiera encontrado con las dos sombras que caminaban juntas en el crepúsculo. Si se lo hubiera preguntado, quizá me habría dicho la verdad, como Albertina si hubiera resucitado. Y, en efecto, cuando, pasados los años, encontramos a las mujeres a las que ya no amamos, ¿no está la muerte entre ellas y nosotros, lo mismo que si ya no fueran de este mundo porque el hecho de que nuestro amor no exista ya convierte en muertos a las que eran entonces o al que éramos nosotros? También podía ocurrir que no se acordara o que mintiera. En todo caso, saberlo ya no me interesaba, porque mi corazón había cambiado más aún que la cara de Gilberta. Esta cara ya no me gustaba mucho, pero, sobre todo, ya no me haría sufrir, ya no podría concebir, si hubiera vuelto a pensar en ello, que hubiera podido hacerme sufrir tanto encontrar a Gilberta caminando despacio junto a un muchacho, pensando: «Se acabó, renuncio para siempre a verla». Del estado de mi alma, que, aquel lejano año, no había sido para mí más que una larga tortura, no quedaba nada. Pues en este mundo donde todo se gasta, donde todo perece, hay una cosa que cae en ruinas, que se destruye más completamente todavía, dejando aún menos vestigios que la Belleza: es el Dolor.

Pero, si bien no me sorprende no haberle preguntado entonces con quién bajaba por los Champs-Élysées, pues había visto ya demasiados ejemplos de esta misma falta de curiosidad que el Tiempo trae, en cambio me sorprende un poco no haber contado a Gilberta que, antes de encontrarla

aquel día, había vendido un jarrón chino antiguo para comprarle flores¹. Pues en aquellos tiempos tan tristes que siguieron a aquel encuentro, mi único consuelo fue pensar que algún día podría contarle sin peligro aquella intención tan tierna. Pasado más de un año, si veía que un coche iba a chocar con el mío, mi única preocupación era morir sin contar aquello a Gilberta. Me consolaba pensando: «No hay prisa, tengo por delante toda la vida para ello». Y por esto deseaba no perder la vida. Ahora esto me habría parecido poco agradable de decir, casi ridículo, y «comprometedor».

—Además —continuó Gilberta—, incluso el día que le encontré en su puerta, ¡seguía tan igual que en Combray, si supiera usted qué poco había cambiado!

Volví a ver a Gilberta en mi memoria. Hubiera podido dibujar el cuadrilátero de luz que el sol trazaba bajo los maulos, la laya que la muchachita llevaba en la mano, la larga mirada que posó en mí. Sólo que yo creí, por el gesto grosero que la acompañó, que era una mirada de desprecio, porque lo que yo deseaba me parecía una cosa que las muchachitas no conocían y no hacían más que en mi imaginación, durante mis horas de deseo solitario. Menos aún habría creído que, tan fácilmente, tan rápidamente, casi ante los ojos de mi abuelo, una de ellas tuviera la audacia de hacer aquel gesto.

No le pregunté con quién iba de paseo por la avenida de los Champs-Élysées el día en que vendí los jarrones chinos.

1. Le pregunté. Era Léa vestida de hombre. Sabía que conocía a Albertina, pero no podía decir más. Ocurre, pues, que ciertas personas se vuelven a encontrar en nuestra vida para preparar nuestros placeres y nuestros dolores. [En la edición de *La Pléiade* se separa a pie de página este pasaje, «que contradice el contexto», y que en el manuscrito se encuentra en un papel suplementario. (*N. de la T.*)]

Lo que hubiera de real bajo la apariencia de entonces había llegado a serme por completo indiferente. Y, sin embargo, ¡cuántos días y cuántas noches sufrí preguntándome quién sería, cuántas veces tuve que reprimir el palpitar del corazón quizá más aún que cuando no volví a dar las buenas noches a mamá en aquel mismo Combray! Dicen, y esto explica la progresiva atenuación de ciertas afecciones nerviosas, que nuestro sistema nervioso envejece. Esto no es sólo cierto en cuanto a nuestro yo permanente, que se prolonga tanto como dura nuestra vida, sino en cuanto a todos nuestros yos sucesivos, que, en suma, le componen en parte.

Por eso, a tantos años de distancia, tuve que retocar una imagen que recordaba tan bien, operación que me hizo bastante feliz demostrándome que el infranqueable abismo que entonces creía existir entre mí y cierta clase de muchachitas de dorada cabellera era tan imaginario como el abismo de Pascal, y que me pareció poético por los muchos años en el fondo de los cuales había que realizarlo. Tuve un sobresalto de deseo y de añoranza pensando en los subterráneos de Roussainville. Pero me alegraba pensar que aquella felicidad hacia la que tendían entonces todas mis fuerzas, y que ya nada podía devolverme, hubiera existido fuera de mi pensamiento, en realidad tan cerca de mí, en aquel Roussainville del que yo hablaba tan a menudo, que veía desde el gabinete que olía a lirios. ¡Y yo no sabía nada! En suma, resumía todo lo que deseé en mis paseos hasta no poder decidirme a volver a casa, pareciéndome ver que los árboles se entreabrían, se animaban. Lo que entonces deseaba tan febrilmente, ella estuvo a punto de hacérmelo gustar en mi adolescencia, a poco que yo hubiera sabido comprenderlo y conquistarlo. En aquel tiempo Gilberta estaba verdaderamente de la parte de Méséglise más aún de lo que yo creyera.

E incluso aquel día en que la encontré bajo una puerta, aunque no fuera mademoiselle de l'Orgeville, la que Roberto había conocido en las casas de citas (¡y qué casualidad que fuese precisamente su futuro marido a quien yo le pidiera que me lo explicara!), no me había equivocado por completo sobre el significado de su mirada, ni sobre la clase de mujer que era y que ahora me confesaba haber sido. «Todo eso queda muy lejos –me dijo–; desde que me prometí con Roberto, ya no he pensado nunca en nadie más que en él. Y le diré que ni siquiera son esos caprichos de niña lo que más me reprocho.»

En aquella morada un poco demasiado campestre, que parecía sólo un lugar de siesta entre dos paseos o un refugio contra un chaparrón, una de esas moradas en las que cada salón parece un gabinete de verdor y donde en el empapelado de las habitaciones, las rosas del jardín en una, los pájaros de los árboles en otra, nos han seguido y nos acompañan, aislados del mundo –pues eran viejos papeles en los que cada rosa estaba lo bastante separada como para cogerla, si estuviera viva, cada pájaro para enjaularlo y domesticarlo, sin nada de esas grandes decoraciones de las estancias de hoy donde todos los manzanos de Normandía se perfilan, sobre un fondo de plata, en estilo japonés para alucinar las horas que pasamos en la cama–, yo pasaba todo el día en mi cuarto, que daba a los bellos follajes del parque y a las lilas de la entrada, a las hojas verdes de los grandes árboles a la orilla del agua, resplandecientes de sol, y al bosque de Méséglise. En realidad, si yo miraba todo aquello con deleite, era porque me decía: «Es bonito tener tanto verde en la ventana de mi cuarto», hasta el momento en que, en el gran cuadro verdeante, reconocí el campanario

de la iglesia de Combray, pintado éste de azul oscuro, simplemente porque estaba más lejos. No una figuración de este campanario, del campanario mismo, que, poniendo así ante mis ojos la distancia de las leguas y de los años, había venido, en medio del luminoso verdor y de un tono muy diferente, tan oscuro que parecía solamente dibujado, a inscribirse en el cristal de mi ventana. Y si salía un momento de mi cuarto, al final del pasillo veía, porque estaba orientado de otro modo, como una banda de escarlata, la tapicería de un pequeño salón que era una simple muselina, pero roja, y dispuesta a incendiarse si le daba un rayo de sol.

En aquellos paseos, Gilberta me hablaba de Roberto como apartándose de ella, mas para irse con otras mujeres. Y es verdad que había muchas en su vida, y, como ciertas camaraderías masculinas en los hombres mujeriegos, con ese carácter de defensa inútil y de lugar vanamente usurpado que tienen en la mayor parte de las casas los objetos que no pueden servir para nada.

Roberto fue varias veces a Tansonville mientras yo estaba allí. Era muy diferente de como yo le había conocido. Su vida no le había engordado, no le había hecho lento como a monsieur de Charlus, al contrario: operando en él un cambio inverso, le dio el aspecto desenvuelto de un oficial de caballería —aunque presentó la dimisión cuando se casó— hasta un punto que nunca había tenido. A medida que monsieur de Charlus fue engordando, Roberto (claro que era mucho más joven, pero se notaba que, con la edad, se iría acercando más a este ideal), como ciertas mujeres que sacrifican resueltamente su cara a su tipo y, a partir de cierto momento, no salen de Marienbad (pensando que, ya que no pueden conservar a la vez varias juventudes, es la del tipo la que podrá representar mejor a las otras), se había vuelto más es-

belto, más rápido, efecto contrario de un mismo vicio. Por otra parte, esta velocidad tenía diversas razones psicológicas: el temor de que le vieran, el deseo de que no se le notara este temor, la febrilidad que produce el descontento de sí mismo y el aburrimiento. Tenía la costumbre de ir a ciertos lugares de mala nota donde, como quería que no le vieran entrar ni salir, se colaba para ofrecer a las miradas malintencionadas de los transeúntes hipotéticos la menor superficie posible, como quien se lanza al asalto. Y le había quedado este movimiento de vendaval. Quizá también esquematizaba así la intrepidez aparente de quien quiere demostrar que no tiene miedo y no quiere tomarse tiempo para pensar. Para ser completo, habría que tener en cuenta el deseo, cuanto más envejecía, de parecer joven, y hasta la impaciencia de esos hombres siempre aburridos, siempre hastiados, que son las personas demasiado inteligentes para la vida relativamente ociosa que llevan y en la que no se realizan sus facultades. Desde luego, la ociosidad misma de estos hombres se puede traducir en indolencia. Pero, sobre todo, desde el favor de que gozan los ejercicios físicos, la ociosidad ha tomado una forma deportiva, aun fuera de las horas de deporte, y que se traduce ya no en indolencia, sino en una vivacidad febril que cree no dar tiempo ni lugar al aburrimiento para desarrollarse¹.

1. Mi memoria, la memoria involuntaria misma, había perdido el amor de Albertina, mas parece ser que hay una memoria involuntaria de los miembros, pálida y estéril imitación de la otra, que vive más tiempo, como ciertos animales o vegetales ininteligentes viven más tiempo que el hombre. Las piernas, los brazos están llenos de recuerdos entumecidos.

Una vez que dejé a Gilberta bastante temprano, me desperté a media noche en el cuarto de Tansonville, y todavía medio dormido llamé: «Albertina». No es que estuviera pensando en ella, ni soñando con ella, ni que la confundiese con Gilberta: es que una reminiscencia enclavada en mi brazo

Como cada día se iba haciendo mucho más seco –al menos en esta fase desagradable–, ya trataba a sus amigos, por ejemplo a mí, casi sin la menor sensibilidad. Y, en cambio, afectaba con Gilberta unas sensiblerías llevadas hasta la comedia y que resultaban enojosas. En realidad, no es que Gilberta le fuera indiferente. No, Roberto la amaba. Pero le mentía continuamente, y continuamente se descubría su espíritu de duplicidad, si no el fondo mismo de sus mentiras; y entonces creía que sólo podía salir del paso exagerando en proporciones ridículas la tristeza, verdadera, que le causaba apenar a Gilberta. Llegaba a Tansonville y, según decía, tenía que volver a la mañana siguiente por un asunto con cierto señor de la región que le esperaba en París; precisamente aquella noche se encontraba al tal señor cerca de Combray e involuntariamente descubría la mentira, porque Roberto no se había cuidado de advertirle, diciendo que había venido al país a descansar un mes, durante el cual no pensaba volver a París. Roberto se sonrojaba, veía la sonrisa melancólica y sutil de Gilberta, se desahogaba insultando al que le había puesto en evidencia, volvía a casa antes que su mujer, le mandaba unas letras desesperadas diciéndole que había dicho aquella mentira por no disgustarla, para que, al verle marcharse por una causa que no podía decirle, no creyera que no la amaba (y todo esto, aunque lo escribiera como una mentira, era en el fondo verdad), después man-

me hizo buscar detrás de mí la campanilla, como en mi cuarto de París. Y, al no encontrarla, llamé: «Albertina», creyendo que mi amiga difunta estaba acostada al lado mío, como solía ocurrir por la noche, y que dormíamos juntos, calculando, al despertar, el tiempo que tardaría Francisca en llegar, para que Albertina pudiera, sin imprudencia, tirar de la campanilla que yo no encontraba. [En la edición de *La Pléiade* se sitúa a pie de página este fragmento, que en el manuscrito se encuentra en un papel marginal, sin relación con la parte del texto donde Proust lo insertó. (*N. de la T.*)]

daba a preguntarle si podía entrar en su cuarto y allí, en parte por verdadera tristeza, en parte por desgaste nervioso de aquella vida, en parte por simulación más audaz cada día, sollozaba, se mojaba la cara con agua fría, hablaba de su muerte próxima, a veces se derrumbaba sobre el suelo como si se desmayara. Gilberta no sabía hasta qué punto debía creerle, pensaba que mentía en cada caso particular, pero que, en general, la amaba, y la preocupaba aquel sentimiento de una muerte próxima, pensando que quizá tenía una enfermedad que ella ignoraba, y no se atrevía a contrariarle y a pedirle que renunciara a sus viajes. Yo, por mi parte, tampoco comprendía por qué Roberto hacía que recibieran a Morel como hijo de la casa con Bergotte dondequiera que estuviesen los Saint-Loup, en París, en Tansonville.

Francisca, que había visto ya todo lo que monsieur de Charlus hiciera por Jupien y todo lo que Roberto de Saint-Loup hacía por Morel, no sacaba la conclusión de que era un rasgo que reaparecía en ciertas generaciones de los Guermantes, sino que más bien –como Legrandin ayudaba mucho a Teodoro– acabó por creer –ella, una persona tan moral y tan llena de prejuicios– que era una costumbre ya respetable por su universalidad. Decía siempre de un joven, fuese Morel o Teodoro: «Ha encontrado un señor que se ha tomado mucho interés por él y le ha ayudado mucho». Y como en estos casos los protectores son los que aman, los que sufren, los que perdonan, Francisca, entre ellos y los menores a los que corrompían, no vacilaba en asignar a los primeros el papel noble, en encontrarlos «de muy buen corazón». Censuraba rotundamente a Teodoro, que le había hecho muchas jugarretas a Legrandin, y esto sin abrigar, al parecer, casi ninguna duda sobre la clase de sus relaciones, pues

añadía: «Bueno, el chiquillo ha comprendido que tenía que poner algo de su parte y ha dicho: “Ande, lléveme con usted, le querré mucho, le mimaré”, y, claro, ese señor tiene tan buen corazón que Teodoro está seguro de encontrar a su lado quizá mucho más de lo que merece, pues es un loco, pero ese señor es tan bueno que yo le he dicho muchas veces a Juanita –la novia de Teodoro–: “Mira, hija, si alguna vez te ves en un apuro, ve a ver a ese señor. Sería capaz de dormir en el suelo para dejarte su cama. Ha querido demasiado al chiquito –Teodoro– para echarle a la calle. Seguro que no le abandonará nunca”»¹.

De la misma manera, estimaba más a Saint-Loup que a Morel y pensaba que, a pesar de todas las malas pasadas que había hecho el chiquito –Morel–, el marqués no le dejaría nunca en apuros, pues es un hombre de muchísimo corazón, a no ser que él mismo sufriera grandes reveses.

Saint-Loup insistía para que yo me quedase en Tansonville, y una vez se le escapó decir, aunque se veía que ya no trataba de halagarme, que mi llegada le había dado a su mujer tanta alegría que se pasó loca de contenta toda una noche, precisamente una noche en que estaba tan triste que yo, al llegar de improviso, la salvé milagrosamente de la desesperación, «quizá de algo peor», añadió. Me pidió que intentara convencerla de que él la quería, diciéndome que a la mujer a la que también amaba la amaba menos que a ella y que rompería pronto aquellas relaciones. «Y, sin embargo –añadía con tal fatuidad y tal necesidad de confidencia que

1. Por cortesía, pregunté a su hermana el apellido de Teodoro, que ahora vivía en el Midi. «¡Pero si es el que me escribió por mi artículo de *Le Figaro!*», exclamé al enterarme de que se apellidaba Sanilon. [Fragmento situado a pie de página con referencia al lugar señalado, en la edición de la *Pléiade*. (N. de la T.)]

a veces creía yo que iba a “salir” el nombre de Charlie, sin quererlo Roberto, como el número de una lotería—, es para estar orgulloso. Esa mujer que me ha dado tantas pruebas de cariño y que voy a sacrificar a Gilberta, no había hecho nunca caso a ningún hombre y hasta se creía incapaz de enamorarse, yo soy el primero. Y sabía que había rechazado de tal modo a todo el mundo que, cuando recibí la adorable carta diciéndome que para ella no podía haber felicidad si no era conmigo, yo no volvía de mi asombro. Naturalmente, era como para echarlo todo a rodar si no fuera porque me resulta intolerable ver llorar a esa pobre Gilberta. ¿No te parece que tiene algo de Raquel?», me decía. Y, en efecto, me había llamado la atención cierto vago parecido que, en rigor, se les podía encontrar ahora. Quizá se debía a una verdadera similitud de algunos rasgos (debidos, por ejemplo, al origen hebraico, aunque tan poco marcado estuviera en Gilberta) por la cual Roberto, cuando su familia quiso que se casara, en igualdad de fortuna, se sintió más atraído por Gilberta. También se explicaba porque Gilberta, que había encontrado fotografías de Raquel, de la que ignoraba hasta el nombre, para gustar a Roberto se pusiera a imitar ciertos hábitos de la actriz, como el de llevar siempre lazos rojos en el pelo, una cinta de terciopelo negro en el brazo, y el de teñirse el pelo para parecer morena. Después, notando que sus cuitas le daban mala cara, intentaba remediarlo. A veces lo hacía sin medida. Un día en que Roberto iba a llegar por veinticuatro horas a Tansonville, me quedé estupefacto cuando Gilberta se sentó a la mesa tan extrañamente diferente, no sólo de lo que era en otro tiempo, sino hasta de como era los días habituales, que me quedé tan pasmado como si me encontrara ante una actriz, ante una especie de Teodora. Me daba cuenta de que, en mi

curiosidad por saber qué cambio se había operado en ella, la miraba, sin querer, demasiado fijamente. Curiosidad que, por lo demás, quedó en seguida satisfecha cuando se sonó la nariz, y a pesar de las precauciones que en ello puso. Por todos los colores que quedaron en el pañuelo, formando una rica paleta, vi que estaba completamente pintada. Así tenía aquella boca sangrante y que ella se esforzaba por hacer reidora, creyendo que aquello le iba bien, mientras se acercaba la hora del tren, sin que Gilberta supiera si su marido llegaría en realidad o si enviaría uno de aquellos telegramas cuyo modelo había establecido con tanta gracia monsieur de Guermantes: «Imposible ir, sigue mentira»; así le palidecían las mejillas bajo el sudor violeta de la pintura y se le marcaban las ojeras.

«Pero ya ves –me decía Roberto con un gesto deliberadamente tierno que contrastaba con su ternura espontánea de otro tiempo, y con una voz alcohólica y modulaciones de actor–, no hay nada que yo no sea capaz de hacer por ver feliz a Gilberta. ¡Ha hecho tanto por mí! No puedes imaginarlo.» Y lo más desagradable de todo esto era el amor propio, pues le halagaba que le amara Gilberta y, sin atreverse a decir que a quien él quería era Charlie, daba sobre el amor que al parecer le tenía al violinista unos detalles que Saint-Loup sabía muy exagerados, si no inventados de principio al fin, cuando Charlie le pedía cada día más dinero. Y se iba a París dejando a Gilberta a mi cuidado. Tuve ocasión (anticipándome un poco, pues estoy todavía en Tansonville) de verle una vez de lejos en una fiesta de sociedad, donde su palabra, a pesar de todo vivaz y seductora, me permitía recobrar el pasado; me impresionó lo mucho que cambiaba. Se parecía cada vez más a su madre; el tipo de esbeltez altiva que había heredado de ella, en quien era perfecta,

en él, debido a la educación más esmerada, se exageraba, se petrificaba; por la penetración de la mirada propia de los Guermantes, parecía que estaba inspeccionando todos los lugares por los que pasaba, pero de una manera casi inconsciente, por una especie de hábito y de particularidad animal. Aun inmóvil, su color, más suyo que de todos los Guermantes, como el dorado de un día de sol que se tornara sólido, le daba como un plumaje tan extraño, hacía de él una especie tan rara, tan preciosa, que daban ganas de poseerlo para una colección ornitológica; pero cuando, además, esta luz tornada en pájaro se ponía en movimiento, en acción, cuando, por ejemplo, yo veía a Roberto de Saint-Loup entrar en una fiesta en la que estaba yo, irguiendo a veces la cabeza tan sedosa y orgullosamente encopetada bajo el airón de oro de sus cabellos un poco desplumados con movimientos de cuello mucho más suaves, más orgullosos y coquetos que los de los humanos, que, ante la curiosidad y la admiración medio mundana, medio zoológica que inspiraba, se preguntaba uno si estaba en el Faubourg Saint-Germain o en el Jardin des Plantes, y si estaba mirando atravesar un salón o pasear en su jaula un gran señor o un pájaro. A poca imaginación que se pusiera, el canto se prestaba a esta interpretación no menos que el plumaje. Saint-Loup empezaba a decir frases que creía muy gran siglo y así imitaba las maneras de Guermantes. Mas, por un pequeño matiz indefinible, resultaban las maneras de monsieur de Charlus.

«Te voy a dejar un momento –me dijo en aquella fiesta en la que madame de Marsantes estaba un poco más lejos–. Voy a atender un poco a mi madre.» En cuanto a aquel amor de que me hablaba continuamente no era sólo el de Charlie, aunque era el único que contaba para él. Cualquiera-

ra que sea la clase de amores de un hombre, nos equivocamos siempre en cuanto al número de personas con quienes tiene relaciones, porque equivocadamente interpretamos amistades como enredos, lo que es un error por adición, pero también porque creemos que un enredo probado excluye otro, lo que es otro tipo de error. Dos personas pueden decir: «A la amante de X la conozco yo», pronunciar dos nombres diferentes y no equivocarse ni la una ni la otra. En cuanto a la clase de amores que Saint-Loup había heredado de monsieur de Charlus, un marido inclinado a ellos suele hacer la felicidad de su mujer. Es ésta una regla general en la que los Guermantes encontraban la manera de ser una excepción, porque los que tenían estos gustos querían hacer creer que, por el contrario, les gustaban las mujeres. Se exhibían con una o con otra y desesperaban a la suya. Los Courvoisier se comportaban con mayor prudencia. El joven vizconde de Courvoisier se creía el único en el mundo, y desde el origen del mismo, al que atrajera uno de su sexo. Suponiendo que esta inclinación era cosa del diablo, luchó contra ella, se casó con una mujer preciosa y le hizo hijos. Después, un primo suyo le enseñó que esa inclinación es bastante frecuente, y llegó su bondad hasta el extremo de llevarle a los lugares donde podía satisfacerla. Monsieur de Courvoisier amó más aún a su mujer, intensificó su celo prolífico y ella y él eran citados como el mejor matrimonio de París. No se decía lo mismo del de Saint-Loup, porque Roberto, en vez de contentarse con la inversión, mataba a su mujer de celos sosteniendo a queridas, con las que no sentía placer. Es posible que Morel, como era tan moreno, le fuera necesario a Saint-Loup como se lo es la sombra al rayo de sol. En esta familia tan antigua se imagina muy bien a un gran señor rubio dorado, inteligen-

te, con todos los prestigios y manteniendo secreta una afición ignorada por todos.

Por otra parte, Roberto no dejaba nunca aludir en la conversación a esa clase de amores que era la suya. Si yo decía una palabra sobre el asunto: «¡Ah!, no sé –contestaba con un desinterés tan profundo que dejaba caer el monóculo–, yo no tengo ni idea de esas cosas. Si tú deseas datos sobre eso, querido, te aconsejo que te dirijas a otro. Yo soy un soldado, y no hay más que hablar. Mi indiferencia por esas cosas es tan grande como mi interés apasionado por la guerra de los Balcanes. En otro tiempo te interesaba a ti la etimología de las batallas. Entonces te decía yo que volveríamos a ver, hasta en las condiciones más diferentes, las batallas típicas, por ejemplo el gran ensayo de cerco por el flanco, la batalla de Ulm. Bueno, pues por especiales que sean estas guerras balcánicas, Loullé-Bourgas sigue siendo Ulm, envolver por el flanco. Éstas son las cosas de las que puedes hablarme. Pero de eso a que aludes sé tanto como de sánscrito».

Estos temas que Roberto desdeñaba así, Gilberta, en cambio, los abordaba de buen grado hablando conmigo cuando él se marchaba. Claro que no en relación con su marido, pues de él lo ignoraba o fingía ignorarlo todo. Pero le gustaba hablar de esto cuando se trataba de otro, ya porque viera en ello una especie de disculpa indirecta para Roberto, ya porque éste, compartido como su tío entre un silencio severo sobre estos temas y una necesidad de expansionarse y de hablar mal de la gente, le hubiera contado cosas sobre muchos. Entre todos ellos, no excluía a monsieur de Charlus; y es seguramente porque Roberto, sin hablar de Charlie a Gilberta, no podía menos de repetirle, en una o en otra forma, lo que el violinista le había contado,